

cos ! Sin duda que ésto es bueno. ¡ Pero renunciar á su libertad ! ¡ ser un asalariado ! ¡ una especie de literato dependiente ! Á juicio de Marius, aceptando, su posición mejoraba y empeoraba al mismo tiempo ; ganaba en bienestar y perdía en dignidad ; era tanto como cambiar una desgracia completa y bella, por una molestia fea y ridícula ; algo parecido á un ciego convertido en tuerto. Y rehusó.

Marius vivía aislado. En virtud de esa propensión que él tenía á permanecer fuera de todo compromiso que le ligara y que embargara su libertad, á lo cual había que añadir también la circunstancia de que le habían asustado en demasía, el hecho fué que no se decidió al fin á entrar en el grupo presidido por Enjolras. Habían continuado siendo buenos camaradas ; halláanse dispuestos á ayudarse mutuamente en una ocasión dada, por todos los medios posibles ; pero nada más. Marius tenía dos amigos, uno joven, Courfeyrac, y otro anciano, el señor Mabeuf. Pero se inclinaba más al anciano. En primer lugar, le debía la revolución que se había realizado en él ; le debía el haber conocido y amado á su padre. *Me ha operado de la catarata*, solía decir de Mabeuf.

Efectivamente, el pertiguero había sido decisivo.

No que el señor Mabeuf hubiera sido en esta ocasión otra cosa que el agente impasible y sereno de la Providencia. Él había iluminado á Marius por casualidad y sin saberlo, como lo hace la vela que álguien trae en la mano ; él había sido la vela y no el portador de ella.

Por lo que hace á la revolución política interior de Marius, el señor Mabeuf era enteramente incapaz de comprenderla, de quererla y de dirigirla.

Como habremos de encontrarnos más adelante con el señor Mabeuf, no será inútil que digamos de él algunas palabras

IV

EL SEÑOR MABEUF

El día en que el señor Mabeuf decía á Marius : *Ciertamente, yo apruebo las opiniones políticas*, expresaba el verdadero estado de su espíritu. Todas las opiniones políticas le eran á él indiferentes, y las aprobaba todas sin distinción, á fin de que le dejaran tranquilo, á la manera que los griegos llamaban á las Furias « las bellas, las buenas, las encantadoras, » las *Euménides*. El señor Mabeuf profesaba la opinión política de amar con pasión á las plantas, y sobre todo, á los libros. Poseía, como todo el mundo, su terminación en *ista*, sin la cual no habría podido nadie vivir en aquel tiempo ; pero no era realista, ni bonapartista, ni carlista, ni orleanista, ni anarquista ; era buquinista, es decir, chalan de libros viejos ¹.

¹ De la palabra inglesa *book*, libro, han hecho los franceses *bouquin* «libraero», y *bouquiniste*, mercader ó chalan de libros viejos.

No comprendía él que los hombres se ocuparan en odiarse mutuamente á propósito de simplezas y pampininas tales como la Carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., cuando habia en este mundo tantas especies de mungos, de yerbas y de arbustos que aquellos podian entretenerse en mirar, y sendos montones de volúmenes en folio y aún en treinta-y-dos-ayos que podian hojear con el mayor deleite y aprovechamiento. Guardábase él muy bien de ser inútil; el tener libros no le impedía leer en ellos de vez en cuando; y el ser botánico no era tampoco un obstáculo para ser jardinero. Cuando habia él conocido á Pontmercy, habia habido esta simpatía entre el coronel y él; que lo que el coronel hacia con las flores, él lo hacia con las frutas. El señor Mabeuf habia conseguido producir unas peras de semillero tan sabrosas como las peras de Saint-Germain; de una de sus combinaciones parece que provino la mirabela de Octubre, hoy tan célebre, y no ménos perfumada que la mirabela de estío. Iba á misa, más bien por dulzura de carácter que por devocion, y además porque, amigo de contemplar el rostro de los hombres, pero detestando el ruido que estos suelen hacer, sólo en la iglesia los hallaba reunidos y silenciosos. Conociendo que era menester ser alguna cosa en el estado, habia escogido la carrera de periguero. Por lo demás, nunca habia él logrado amar á ninguna mujer tanto como á una cebolla de tulipan, ni á ningun hombre tanto como á un elzevir. Habia él ya pasado de los sesenta años, hacia mucho tiempo, cuando un día le preguntó un sugeto: — ¿Pero usted no se ha casado nunca? — Se me ha olvidado, respondió. Cuando alguna vez le sucedia, — ¿y á quién no suele suceder? — el decir: — ¡Oh! si yo fuera rico! — no le acontecia esto dirigiendo el lente á una linda muchacha, como el tío Gillenormand, sino contem-

plando un libraco. Vivía solo, con una vieja que le servía de ama de gobierno. Padecía algo de quiragra, y cuando estaba durmiendo, sus dedos vetustos, entorpecidos por el reumatismo, se engarrotaban en los pliegos de sus sábanas. Habia hecho y publicado una *Flora de las cercanías de Cauteretz* con láminas coloreadas, obra que se tenía en mucha estima, cuyos grabados en cobre poseía él, vendiéndola además en su misma casa. Dos ó tres veces cada día solian llamar á la puerta de su casa, calle de Mezières, con este objeto. Bien sacaba él de esta obra unos dos mil francos al año, que era lo que constituía casi toda su fortuna. Aunque pobre, habia tenido el talento de formar, á fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, una preciosa coleccion de los más raros ejemplares de todo género. Jamas salía sino con un libro bajo el brazo, y solía casi siempre volver á casa con dos. La única decoracion de las cuatro piezas que, con un jardinito, componian en el piso bajo, su habitacion, eran diferentes herbarios y plantas disecadas puestas en marcos, como tambien várias estampas y grabados de antiguos maestros. La vista de un sable ó de un fusil le helaba. Jamas, en toda su vida, se habia él acercado á un cañon, ni aún en los Inválidos. Tenía un estómago pasadéro, un hermano cura, el pelo enteramente blanco, ni un solo diente en la boca ni en el espíritu, cierto temblor en todo su cuerpo, el acento picardo, una risa infantil, muy fácil de asustar, con todas las trazas de un pobre hombre. Después de todo esto, ninguna otra amistad, ni otra frecuentacion entre los vivientes más que un viejo librero de la puerta Saint-Jacques llamado Royol. Su sueño dorado era el de naturalizar el añil en Francia.

Su sirvienta era tambien otra variedad de la inocencia. La pobre y buena vieja era solterona. Sultan, su gato, que habria podido muy bien maullar el miserere de Allegri

en la capilla Sixtina, había ocupado su corazón, y bastaba á la cantidad de pasión que existía en ella. Ninguno de sus ensueños había llegado nunca hasta el hombre. Jamás había podido ella ir más allá de su gato. Como este, también ella tenía bigotes. Su mayor gloria la cifraba en llevar siempre sus papalinas muy blancas. Los domingos, después de la misa, pasaba el tiempo en contar la ropa blanca en su baúl, y en tender y ostentar sobre su cama diferentes vestidos en pieza que nunca daba á hacer. Sabía leer medianamente. El señor Mabeuf la había puesto el sobrenombre de *la tía Plutarco*.

El señor Mabeuf había tomado cierta afición á Marius, porque siendo joven y de índole apacible y tranquila, Marius comunicaba calor á su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con la dulzura produce á los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Marius se hallaba ya saturado de gloria militar, de pólvora, del estruendo de la artillería, de marchas y contramarchas, y de todas esas prodigiosas batallas en que su padre había dado y recibido tantas y tan grandes estocadas, iba á ver al señor Mabeuf, y el señor Mabeuf le hablaba del héroe bajo el punto de vista de las flores.

Su hermano el cura había muerto por los años de 1830, y casi en seguida, como cuando llega la noche, todo el horizonte se había oscurecido para el señor Mabeuf. Una quiebra — de notario — le privó de una suma de diez mil francos, que era todo cuanto él poseía, procedente de lo de su hermano y de lo suyo. La revolución de Julio ocasionó una crisis en la librería. En tiempos de escasez, lo primero que deja de tener compradores es una *Flora*. La *Flora de las cercanías de Cauteretz* quedó pues sin venta. Pasábase semanas enteras sin un comprador. Á veces el señor Mabeuf se estremecía al oír sonar la campanilla. — Señor, le decía tristemente la tía Plutarco, es el agua-

dor. — En resumen, un día llegó al fin en que el señor Mabeuf abandonó la calle de Metzès, abdicó las funciones de pertiguero, renunció á San Sulpicio, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas, — que era lo que menos estimaba, — y fué á instalarse en una casita del boulevard Montparnasse, donde, por lo demás, no residió sino un trimestre, por dos razones: en primer lugar, porque el cuarto bajo con su jardinito costaba trescientos francos, y él no se atrevía á pagar más de doscientos francos de alquiler; y en segundo, porque hallándose allí inmediato el tiro Fatou oía los pistoletazos desde su casa; lo cual le era insoportable.

Cargó, pues, con su *Flora*, sus planchas de cobre, sus herbarios, sus carteras y sus libros, y fué á establecerse cerca de la Salpêtrière, en una especie de cabaña del lugarcito de Austerlitz, donde por cincuenta escudos al año tenía tres piezas y un jardinito cerrado por un seto y con pozo. Aprovechóse de esta mudanza para vender casi todos sus muebles. El día en que tomó posesión de este nuevo albergue, estuvo muy alegre, y él mismo fijó los clavos para colgar los herbarios y los grabados, dedicándose á escardar su jardín el resto del día, y por la noche, como viese que la tía Plutarco tenía el semblante triste y caviloso, la dió con la mano en el hombro y la dijo sonriendo: — ; Tenemos el añil!

Dos solos visitantes, el librero de la puerta Saint-Jacques y Marius, eran admitidos á verle en esta su nueva cabaña de Austerlitz, nombre bullicioso y malsonante que, para decirlo todo de una vez, le era bastante desagradable.

Por lo demás, como acabamos de indicarlo, los cerebros absorbidos en una especie de sabiduría, ó en un género de locura, ó lo que suele suceder de ordinario, en las dos cosas á la vez, no son sino muy lentamente

permeables á las cosas de la vida. Su propio destino es para ellos cosa lejana; resultando de estas concentraciones cierta pasividad que, si fuera razonada, tendria alguna semejanza con la filosofía. Se declina, se desciende, se resbala, y aún se cae y se desploma, sin apercibirse apénas de ello. Es verdad que esto concluye siempre por hacerlos despertar, pero demasiado tarde. Entretanto, parece que es uno neutral en el juego que se ejecuta entre nuestra dicha y nuestra desdicha. Somos la puesta, y sin embargo, miramos la partida con indiferencia.

Así es como, en medio de ese oscurecimiento que se hacía en derredor suyo, extinguiéndose todas sus esperanzas, una en pos de otra, el señor Mabeuf quedó al fin sereno, de un modo algo pueril, pero muy profundo. Sus hábitos mentales tenían el va-y-ven de un péndulo. Una vez impulsado por una ilusión, marchaba durante mucho tiempo, aún cuando la ilusión hubiese desaparecido. Un reloj no se para inmediatamente, en el momento preciso en que se pierde la llave.

El señor Mabeuf tenía placeres inocentes. Estos placeres eran poco dispendiosos é inesperados; la menor casualidad se los suministraba. Un día estaba leyendo la tía Plutarco una novela en un rincón de su cuarto. Leía en voz alta, creyendo que así comprendía mejor. Leer en alta voz es afirmarse uno á sí mismo su lectura. Hay gentes que leen muy alto y que parece como que se dan á sí mismas palabra de honor de lo que están leyendo.

La tía Plutarco leía con toda energía la novela que tenía en la mano. El señor Mabeuf oía sin escuchar.

Continuando en su lectura, la tía Plutarco llegó á esta frase. Tratábase de un oficial de dragones y de una beldad:

« La bella se enojó (*la belle bouda*), y el dragon... »

Aquí se interrumpió la lectora para limpiar sus anteojos.

— Bouddha¹ y el Dragon, repuso á média voz el señor Mabeuf. Sí, es cierto, había un dragon que, desde el fondo de su caverna, arrojaba llamas por la boca y abrasaba el cielo. Eran ya muchas las estrellas que habían sido incendiadas por este monstruo que, además, tenía garras de tigre. Dirigióse Bouddha á su antro y logró convertir al dragon. Hermoso libro es ese que está usted ahí leyendo, tía Plutarco. No hay leyenda más bella que esa.

Y el señor Mabeuf cayó en un delicioso ensueño.

¹ Bouddha y *bouda*, dragon (soldado) y dragon (serpiente fabulosa), han dado ocasion al autor para construir este retruécano.

V

POBREZA BUENA VECINA DE MISERIA

Tenia Marius gusto especial en tratar á aquel anciano cándido que se veia paulatinamente invadido por la indigencia, y que no llegaba á extrañarlo sino poco á poco, sin que no obstante se entristeciera aún. Marius encontraba á Courfeyrac y buscaba á Mabeuf. Muy rara vez sin embargo, una ó dos veces al mes, á lo más.

La grande distraccion de Marius consistía en dar largos paseos solo por los boulevards exteriores, ó al Campo de Marte, ó en las calles de árboles más solitarias del Luxemburgo. Á veces pasaba la mitad de un dia mirando una huerta, los cuadros de lechugas, las gallinas picoteando en el estiércol y el caballo dando vueltas en la noria. Los transeuntes le consideraban con sorpresa, y no faltaban algunos que hallasen sospechoso su traje y su semblante siniestro. Y sin embargo no era otra cosa

que un pobre jóven cavilando y soñando sin objeto.

En uno de estos paseos fué cuando logró descubrir la casucha Gorbeau; y sugiriéndole tentaciones la baratura y el aislamiento, habíase instalado allí, donde no era conocido sino bajo el nombre de « el señor Marius. »

Algunos de los antiguos generales ó de los antiguos camaradas de su padre le habian invitado, cuando le conocieron, á que fuera á verlos. Marius no habia rehusado. Eran aquellas otras tantas ocasiones de hablar de su padre. Así iba de vez en cuando á casa del conde Pajol, á casa del general Bellavesne, á casa del general Fririon, en los Inválidos. Allí se tocaba el piano y se bailaba. Aquellas noches se ponía Marius su frac nuevo. Pero jamas iba él á estas tertulias y á estos bailes sino en las épocas de grandes hielos, porque no podia pagar un coche y no queria llegar sino con sus botas como espejos.

Solia decir á veces, sin amargura: — Las gentes son tales que, en un salon, puede uno estar cubierto de lodo en todo su cuerpo y en toda su alma, con tal que no sea en las botas. Para ser allí bien acogido no se exige sino una cosa irreprochable: ¿la conciencia? no, las botas.

Todas las pasiones, excepto la del corazon, se disipan en el ensueño. Así se habian desvanecido las fiebres politicas de Marius, á lo cual contribuyó mucho tambien la revolucion de 1830, satisfaciéndole y calmándole. Excepto los movimientos de ira, habia permanecido el siempre el mismo. Conservaba las mismas opiniones; sólo que estas se habian dulcificado. Para hablar con propiedad, diremos más bien que ya no tenía opiniones, sino simpatías. ¿De qué partido era él? del partido de la humanidad. En la humanidad, escogia á la Francia; en la nacion, escogia al pueblo; en el pueblo, escogia á la mujer. Aquí era adonde principalmente se encaminaba su piedad. Ahora

prefería él una idea á un hecho, un poeta á un héroe, y admiraba aún más un libro como Job que un acontecimiento como Marengo. Y además cuando, después de haber pasado una jornada entera absorto en la meditación, se volvía, de noche, por los boulevards, y por entre las ramas de los árboles, distinguía el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la sombra, el misterio, todo lo que no es más que humano le parecía muy pequeño.

Creía él haber y tal vez había llegado en efecto al punto culminante donde reposa la verdad de la vida y de la filosofía humana, y había concluido por no mirar sino al cielo, única cosa que la Verdad puede ver desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedía sin embargo el multiplicar los planes, las combinaciones, los castillos en el aire, los proyectos para el porvenir. En tal estado de fantástico delirio, la vista que hubiera podido penetrar en el interior de Marius habría sido deslumbrada por la pureza de aquella alma. Con efecto, si fuera dado á nuestros ojos de carne el ver en la conciencia de los demás, se juzgaría con mucha más seguridad á un hombre por lo que él sueña que por lo que piensa. Hay voluntad en el pensamiento, pero no la hay en el ensueño y el delirio. El ensueño, acto enteramente espontáneo, adquiere y conserva, aún en lo gigantesco y en lo ideal, la figura de nuestro propio espíritu. Nada brota más directa y más sinceramente del fondo mismo de nuestra alma, que nuestras aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hacia los esplendores del destino. En estas aspiraciones, mucho más que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, puede encontrarse y descubrirse el verdadero carácter de cada hombre. Nada se asemeja tanto á nosotros mismos como nuestras propias quimeras. Cada cual

sueña lo desconocido y lo imposible según su naturaleza.

Hacia mediados de este año de 1831, la vieja que servía á Marius le contó cómo iban á plantar en la calle á sus vecinos, aquella miserable familia Jondrette. Marius, que pasaba casi todas las veladas fuera de casa, apenas sabía siquiera que hubiera allí tales vecinos.

— ¿Por qué los despiden? preguntó.

— Porque no pagan el alquiler, ya deben dos plazos.

— ¿Á cuánto asciende todo?

— Á veinte francos, dijo la vieja.

Marius tenía treinta francos ahorrados y en reserva, en una gaveta.

— Tome usted, dijo á la anciana, ahí van veinticinco francos. Pague usted por esas pobres gentes, délas usted los cinco francos restantes, y no diga que soy yo quien se lo ha dado.

La casualidad hizo que el regimiento al cual pertenecía el teniente Theódulo viniera de guarnición á París. Esta circunstancia suministró ocasion de una segunda idea á la señorita Gillenormand. La primera vez, habia ella imaginado que Marius fuera seguido, observado y vigilado por Theódulo; ahora urdió una trama para hacer que reemplazase á Marius.

Para todo evento, y para el caso en que el abuelo sintiese la vaga necesidad de ver un semblante jóven en la casa, — pues estos rayos de aurora son á veces muy gratos á las ruinas, — sería muy conveniente hallar otro Marius. Nada más sencillo, dijo ella para su colete; será una simple errata como las que yo veo en los libros: Marius, léase Theódulo.

Un sobrino es, poco más ó ménos, el equivalente de

un nieto; á falta de un abogado, se toma un lancero.

Una mañana que estaba leyendo el señor Gillenormand un periódico que debia de ser sin duda *la Quotidienne*, entró su hija, y le dijo con los más dulces acentos de su voz de señorita, es decir, de solterona, pues que se trataba de su favorito :

— Padre, Theódulo va á venir esta mañana á presentar á usted sus respetos.

— ¿Qué Theódulo es ese?

— Su sobrino de usted.

— ¡Ah! dijo el abuelo.

Y en seguida volvió á continuar su lectura, sin acordarse ya más del sobrino que no era para él sino un Theódulo cualquiera, y no tardó mucho en manifestarse de un humor excesivamente alterado é irritable, lo que solia sucederle siempre cuando leia. El « papel » que tenia en la mano, realista, como es de suponer desde luégo, anunciaba para el siguiente dia, sin ningun género de amabilidad, sino muy lisa y llanamente, uno de los pequenos sucesos cotidianos del París de aquella época : — Que los alumnos de las escuelas de leyes y de medicina debian reunirse, á las doce, en la plaza del Pantheon, — para deliberar. Tratábase de una de las cuestiones del momento : de la artillería de la guardia nacional, y de un conflicto entre el ministro de la guerra y « la milicia ciudadana, » á propósito de los cañones instalados en el patio del Louvre. Los estudiantes debian « deliberar » sobre esto. No era necesario más para levantar de punta el humor arisco y gruñon del señor Gillenormand.

En seguida se acordó él de Marius, que era estudiante, y que probablemente iria, como los demas, á « deliberar, » á las doce en la plaza del Pantheon.

En el momento mismo en que él estaba entregado á este penoso desvario, entró el teniente Theódulo, vestido

de paisano, circunstancia que no dejaba de mostrar habilidad, discretamente introducido por la señorita Gillenormand. El lancero se habia hecho este razonamiento : — El viejo drúida no lo ha colocado todo en renta vitalicia. Esto vale la pena de disfrazarse uno de pekin (*bourgeois*) de vez en cuando.

La señorita Gillenormand dijo en voz alta á su padre :

— Theódulo, su sobrino de usted.

Y en voz baja dijo al teniente :

— Aprueba todo cuanto él diga.

Y se retiró.

El teniente, poco acostumbrado á tan venerables encuentros, dijo balbuciente y con cierta tímidez : Buenos dias, tío, y le hizo un saludo mixto, compuesto del bosquejo involuntario y maquinal del saludo militar concluyendo en saludo de paisano.

— ¡ Ah! es usted; está bien, tome usted asiento, dijo el abuelo.

Y dicho esto, se olvidó enteramente del lancero.

Al sentarse Theódulo se levantó su tío.

El señor Gillenormand empezó á pasearse á lo largo de la sala, con las manos metidas en los bolsillos, hablando en alta voz, y atormentando con sus vetustos dedos irritados los dos relojes que llevaba en los bolsillos del chaleco.

— ¡ Cuadrilla de mocosos! ¡ y eso se convoca en la plaza del Pantheon! ¡ Habráse visto muñecos semejantes! Pilluelos, que ayer estaban aún en nodriza! ¡ Si les apretaran las narices, les saldría todavía leche de la que acaban de mamar! ¡ Y eso delibera mañana á las doce! Adónde vamos, pues? adónde vamos á parar? Es claro que vamos al abismo. ¡ Todo esto nos lo han traído los descamisados! ¡ La artillería ciudadana! ¡ Deliberar sobre la artillería ciudadana! ¡ Ir á charlar al aire libre

acerca de las pedorreras de la guardia nacional! ¿ Y con quién van á encontrarse allí? Vean ustedes adónde conduce el jacobinismo. Apuesto todo cuanto se quiera, un millon contra una bicoca, á que no habrá allí más que desertores, licenciados y escapados de los presidios y cárceles del reino. Los republicanos y los galeotes son gentes que no forman sino una nariz, con un solo pañuelo. Carnot decia : ¿ Adónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché respondia : ¡ Adónde tú quieras, tonto! Hé ahí lo que son los republicanos.

— Es exacto, dijo Theódulo.

El señor Gillenormand medio volvió la cabeza, vió á Theódulo, y prosiguió :

— ¡ Cuando uno piensa que ese bribonzuelo ha tenido la impudencia inicua de hacerse carbonario! ¿ Por qué has dejado esta casa? Para ir á hacerte republicano. ¡ Puff en primer lugar, el pueblo no quiere tu república, no la quiere, no, porque él tiene buen sentido, sabe muy bien que siempre ha habido reyes y que siempre los habrá; él sabe muy bien que el pueblo, á pesar de todo, no es más que el pueblo, y que se burla y se rie de tu república, ¿ lo entiendes, tonto de capirote? ¿ Hase visto nunca un capricho más horrible que ese? ¡ Enamoricarse del Père Duchesne, dirigir tiernas y amorosas miradas á la guillotina! ¡ cantar romanzas al son de la guitarra bajó el balcon de 93! ¡ cuando digo que le da á uno ganas de gargajear sobre esos jovencitos, segun son ellos de tontos y de majaderos! Todos son iguales. Ni uno siquiera se escapa de la tontuna. Hoy basta con respirar el aire que corre por la calle para convertirse uno en insensato. El siglo diez y nueve es un veneno. El primer truhan que se presenta se deja crecer sus barbas de chivo, se cree ser algun personaje de verdad, y deja plantados á sus ancianos padres. Esto es republicano, esto es romántico. ¿ Y qué es lo que significa eso de romántico?

¿hágame usted el favor de decirme qué quiere decir eso?
¿Romántico?... todas las locuras imaginables. Hace cosa de un año, introdujeron eso en el *Hernani*. ¡Vean ustedes un poco lo que es el *Hernani*! ¡antítesis! ¡abominaciones que ni siquiera están escritas en frances! ¡Y después, se colocan cañones en el patio del Louvre! Tales profanaciones sólo se ven en estos tiempos.

— Tiene usted mucha razón, tío, dijo Theódulo.

El señor Gillenormand continuó:

— ¡Cañones en el patio del Museo! ¿y por qué? Cañon, ¿qué es lo que tú tienes que hacer ahí? ¿Queréis por ventura ametrallar al Apolo del Belvédère? ¿Qué tienen que ver los cartuchos de vuestra artillería con la Venus de Médicis? ¡Oh! ¡los jóvenes de hoy día, todos son unos forajidos! ¡Vaya qué gran cosa es su famoso Benjamin Constant! ¡Y los que no son malvados son estúpidos! Hacen todo cuanto pueden para estar feos; van mal vestidos, tienen miedo de las mujeres, mostrando junto á las faldas un ademán y unas trazas de mendigos capaces de desternillar de risa á las piedras; á fe mía, diríase que son los pobres vergonzantes del amor. Son deformes, y saben completarse haciéndose estúpidos; repiten los retruécanos de Tiercelin y de Potier, llevan sacos por frac, chalecos de palafrenero, camisas de lienzo ordinario, pantalón de paño burdo, botas de cuero grueso, y el pico, el gorjeo de tales aves se parece bastante á su plumaje. La jerga que ellos hablan podría servir para remendar sus zapatos viejos. Y toda esa gurulla inepta dice que tiene opiniones políticas. Debía prohibirse severamente el tener opiniones políticas. ¡Fabrican sistemas, rehacen la sociedad, destruyen la monarquía, echan por tierra todas las leyes, colocan el granero en el sitio donde está el sótano, y á mi portero en el puesto del rey; trastornan la Europa de arriba abajo, reedifican el mundo, y á vueltas de todo esto, consideran

ellos como una gran fortuna el mirar solapadamente las piernas de las lavanderas cuando estas suben en sus carretas! ¡Ah! Marius! ¡Ah! vagabundo! ¡ir así á vociferar en las plazas públicas! discutir, debatir, tomar medidas! ¡y á eso llaman ellos medidas, justos cielos! el desorden se amengua cada vez más y se va volviendo enteramente necio. Yo he visto el caos, y ahora veo el fango. Muchachos de la escuela deliberando sobre la guardia nacional; es una cosa que no se vería entre los Ogibewas ni entre los Cadodaches! ¡Los salvajes que van completamente desnudos, con la cabezota adornada como un volante de raqueta y empuñando una maza, son ménos brutos que esos bachilleres! Chuchumecos que no valen cuatro sueldos, y que quieren hacerse los sabios, ¡y echarla de «yo ordeno y mando!» ¡y esa gente delibera y raciocina! esto es el fin del mundo. Sí, evidentemente estamos tocando al fin de este miserable globo terráqueo. Era menester una convulsion, un hipo final, y la Francia lo está ya dando. ¡Deliberad, pillitos míos, deliberad! Todo esto sucederá mientras que ellos vayan á leer periódicos bajo las arcadas del Odeon. Eso les cuesta un sueldo y su buen sentido y su inteligencia, y su corazón, y su alma, y su espíritu. Se sale de allí, dispuesto á tomar el portante de su casa, abandonando á su familia. Los periódicos, son todos ellos la peste; todos, ¡inclusa la *Bandera Blanca*! en el fondo, Martainville era un jacobino. ¡Ah! justos cielos! tú podrás vanagloriarte de haber desesperado á tu abuelo; ¡sí, tú!

— Es evidente, dijo Theódulo.

Y aprovechando un instante en que el señor Gillenormand tomaba alientos, el lancero añadió magistralmente:

— No debería haber más periódicos que el *Monitor*, ni más libros que el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand continuó:

— ¡Lo mismo que su Sieyès! un regicida que pujó á se-

nador; pues así acaban ellos siempre. Principian por abofetearse con su tuteo ciudadano, para llegar á hacerse llamar señor conde. Un señor conde, tan grande como un templo, para los aporreadores de Setiembre. ¡ El filósofo Sieyès! ¡ Yo me hago la justicia de decir que jamas he hecho más caso de las filosofías de todos esos filósofos que de los anteojos del caricato de Tivoli! Un día vi á los senadores pasar por el muelle Malaquais, con sus mantos de terciopelo morado sembrados de abejas y sus sombreritos á la Enrique IV. ¡ Qué horribles estaban! Se me figuraban los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, yo os declaro que vuestro progreso es una locura, que vuestra humanidad es un sueño, que vuestra revolucion es un crimen, que vuestra república es un monstruo, que vuestra jóven Francia doncella sale del lupanar, y yo os lo sostengo á todos, quienesquiera que fuereis, bien seáis publicistas, bien seáis economistas, ó ya fueseis legistas, y áun cuando fuerais más concedores en libertad, en igualdad y en fraternidad que la cuchilla de la guillotina! Sí, mis buenas gentes, ¡ yo os digo esto y os lo repito una y mil veces!

— Pardiez, gritó el teniente, eso sí que es admirablemente cierto.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que habia empezado, se volvió, miró fijamente y arrugando el entrecejo al lancero Theódulo y le dijo :

— Usted es un tonto.

LIBRO SEXTO

LA CONJUNCION

DE DOS ESTRELLAS

I

EL APODO: MODO DE FORMAR NOMBRES DE FAMILIA

En aquella época era Marius un gallardo jóven de mediana estatura, con el cabello espeso y muy negro, frente espaciosa é inteligente, las fosas nasales abiertas y apasionadas, un ademan sincero y tranquilo, y en todo su rostro un no sé qué de altivo, meditabundo é inocente. Su perfil, cuyas líneas eran todas redondeadas sin dejar de ser firmes, tenia esa dulzura germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y aquella ausencia completa de ángulos que tanto daba á conocer á los Si-